

Que cuando baja, le llena
Del agua de su favor,
Y cuando sube, le mengua.
¡Ay de mí, Teodoro ingrato,
Que luego que su grandeza
Te toca al arma, me olvidas!
Cuando te quiere me dejas,
Cuando te deja me quieres.
¿Quién ha de tener paciencia?

ESCENA XXII.

RICARDO, FABIO; MARCELA.

Ric. No pude, Fabio, detenerme un hora.
Por tal merced le besaré las manos.

Fab. Dile presto, Marcela, á mi señora
Que está el marques aquí.

Marc. Zelos tiranos,
(*Aparte.*)

Zelos crueles, ¿qué quereis agora,
Tras tantos locos pensamientos vanos?

Fab. ¿No vas?

Marc. Ya voy.

Fab. Pues dile que ha venido
Nuestro nuevo señor y su marido.
(*Vase Marcela.*)

ESCENA XXIII.

RICARDO, FABIO.

Ric. Id, Fabio, á mi posada; que mañana
Os daré mil escudos y un caballo
De la casta mejor napolitana.

Fab. Sabré, si no servillo, celebrallo.

Ric. Éste es principio solo; que Diana
Os tiene por criado y por vasallo,
Y yo por solo amigo.

Fab. Esos piés beso.

Ric. No pago así; la obligacion confieso.

ESCENA XXIV.

DIANA; DICHOS.

Dian. ¡Vuseñoría aquí!

Ric. Pues ¿no era justo,
Si me enviáis con Fabio tal recado,
Y que despues de aquel mortal disgusto,
Me elegis por marido y por criado?
Dadme esos piés; que de manera el gusto
De ver mi amor en tan dichoso estado
Me vuelve loco, que le tengo en poco,
Si me contento con volverme loco.
¿Cuándo pensé, señora, mereceros,
Ni llegar á mas bien que deseáros?

Dian. No acierto, aunque lo intento, á responderos.
¡Yo he enviado á llamaros! O ¿es burlaros?

Ric. Fabio, ¿qué es esto?

Fab. ¿Puede yo traeros
Sin ocasion agora, ni llamaros,
Menos que de Teodoro prevenido?

Dian. Culpa, Ricardo, de Teodoro ha sido.
Oyóme anteponer á Federico
Vuestra persona, como primohermano
Y caballero generoso y rico,
Y presumió que os daba ya la mano.
A vuestra señoría le suplico
Perdone aquestos necios.

Ric. Fuera en vano
Dar á Fabio perdon, si no estuviera

Adonde vuestra imágen le valiera.
Béseos los piés por el favor, y espero
Que ha de vencer mi amor esta porfia. (*Vase.*)

Dian. ¿Paréceos bien aquesto, majadero?

Fab. ¿Por qué me culpa á mi vuseñoría?

Dian. Llamad luego á Teodoro. (*Aparte.* ¡Qué ligero
Este cansado pretensor venia,
Cuando me matan zelos de Teodoro!)

Fab. Perdí el caballo y mil escudos de oro. (*Aparte.*)
(*Vase.*)

ESCENA XXV.

DIANA.

¿Qué me quieres, amor? Ya ¿no tenia
Olvidado á Teodoro? ¿Qué me quieres?
Pero responderás que tú no eres,
Sino tu sombra, que detras venia.

¡Oh zelos! ¿qué no hará vuestra porfia?

Malos letrados sois con las mugeres,
Pues jamas os pidieron pareceres

Que pudiese el honor guardarse un dia.

Yo quiero á un hombre bien; mas se me
acuerda

Que yo soy mar y que es humilde barco,
Y que es contra razon que el mar se pierda.

En gran peligro, amor, el alma embarco;
Mas si tanto el honor tira la cuerda,
Por Dios, que temo que se rompa el arco.

ESCENA XXVI.

TEODORO, FABIO; DIANA.

Fab. Pensó matarme el marques;
(*Aparte á Teodoro.*)

Pero, la verdad diciendo,
Mas sentí los mil escudos.

Teod. Yo quiero darte un consejo.

Fab. ¿Cómo?

Teod. El conde Federico

Estaba perdiendo el seso

Porque el marques se casaba.

Parte, y di que el casamiento

Se ha deshecho, y te dará

Esos mil escudos luego.

Fab. Voy como un rayo.

Teod. Camina.

(*Vase Fabio.*)

ESCENA XXVII.

DIANA, TEODORO.

Teod. ¿Llamábasme?

Dian. Bien ha hecho

Ese necio en irse agora.

Teod. Un hora he estado leyendo

Tu papel, y bien mirado,

Señora, tu pensamiento,

Hallo que mi cobardía

Procede de tu respeto;

Pero que ya soy culpado

En tenerle, como necio,

A tus muchas diligencias;

Y así, á decir me resuelvo

Que te quiero, y que es disculpa

Que con respeto te quiero.

Temblando estoy, no te espantes.

Dian. Teodoro, yo te lo creo.

¿Por qué no me has de querer,

Si soy tu señora y tengo
Tu voluntad obligada,
Pues te estimo y favorezco
Mas que á los otros criados?
Teod. Ese lenguaje no entiendo.
Dian. No hay mas que entender, Teodoro;
Ni pasar el pensamiento
Un átomo desta raya.
Enfrena cualquier deseo;
Que de una muger, Teodoro,
Tan principal, y mas siendo
Tus méritos tan humildes,
Basta un favor muy pequeño
Para que toda la vida
Vivas honrado y contento.
Teod. Cierito que vuseñoria
(Perdóneme si me atrevó)
Tiene en el juicio á veces,
Que no en el entendimiento,
Mil lúcidos intervalos.
¿Para qué puede ser bueno
Haberme dado esperanzas
Que en tal estado me han puesto,
Pues del peso de mis dichas
Caí, como sabe, enfermo
Casi un mes en una cama?
Luego ¿qué trata mas desto,
Si cuando ve que me enfrio
Se abrasa de vivo fuego,
Y cuando ve que me abraso
Se hiela de puro hielo?
Dejrame con Marcela.
Mas viénele bien el cuento
Del perro del hortelano.
No quiere abrasada en zelos,
Que me case con Marcela;
Y en viendo que no la quiero,
Vuelve á quitarme el juicio,
Y á despertarme si duermo.
Pues coma ó dejé comer;
Porque yo no me sustento
De esperanzas tan cañadas;
Que si no, desde aquí vuelvo
A querer donde me quieren.
Dian. Eso no, Teodoro: advierto
Que Marcela no ha de ser.
En otro cualquier sujeto
Pon los ojos; que en Marcela
No hay remedio.
Teod. ¿No hay remedio?
Pues ¿quiere vuseñoria
Que, si me quiere y la quiero,
Ande á probar voluntades?
¿Tengo yo de tener puesto,
Adonde no tengo gusto,
Mi gusto por el ajeno?
Yo adoro á Marcela, y ella
Me adora, y es muy honesto
Este amor.
Dian. ¡Picaro, infame!
Haré yo que os maten luego.
Teod. ¿Qué hace vuseñoria?
Dian. Daros, por sucio y grosero,
Estos bofetones.

ESCENA XXVIII.

FEDERICO, FABIO; DICUOS.

Fab. Tente.
(Aparte á Federico.)
Fed. Bien dices, Fabio; no entremos.

Pero mejor es llegar. —
Señora mia. ¿qué es esto?
Dian. No es nada: enojos que pasan
Entre criados y dueños.
Fed. ¿Quiere vuestra señoria
Alguna cosa?
Dian. No quiero
Mas de hablaros en las mias.
Fed. Quisiera venir á tiempo,
Que os hallara con mas gusto.
Dian. Gusto, Federico, tengo;
Que aquestas son niñerías.
Entrad y sabréis mi intento
En lo que toca al marques. (Vase.)

ESCENA XXIX.

FEDERICO, FABIO, TEODORO.

Fed. Fabio... (Aparte á él.)
Fab. Señor...
Fed. Yo sospecho
Que en estos disgustos hay
Algunos gustos secretos.
Fab. No sé, por Dios. Admirado
De ver, señor conde, quedo
Tratar tan mal á Teodoro;
Cosa que jamas ha hecho
La condesa mi señora.
Fed. Bañóle de sangre el lienzo.
(Vansé Federico y Fabio.)

ESCENA XXX.

TEODORO.

Si aquesto no es amor, ¿qué nombre quieres,
Amor, que tengan de atinos tales?
Si así quieren mugeres principales,
Furias las llamo yo; que no mugeres.
Si la grandeza escusa los plácemes
Que iguales pueden ser en desiguales,
¿Por qué, enemiga, de crueldad te vales,
Y por matar á quien adoras, mueres?
¡O mano poderosa de matarme!
¡Quién te besara entonces, mano hermosa,
Agradecido al dulce castigarme!
No te esperaba yo tan rigurosa;
Pero si me castigas por tocarme,
Tú sola hallaste gusto en ser zelosa.

ESCENA XXXI.

TRISTAN; TEODORO.

Trist. Siempre tengo de venir
Acabados los sucesos.
Parezco espada cobarde.
Teod. ¡Ay, Tristan!
Trist. Señor, ¿qué es esto?
¡Sangre en el lienzo!
Teod. Con sangre
Quiere amor que de los zelos
Entre la letra.
Trist. Por Dios,
Que han sido zelos muy necios.
Teod. No te espantes; que está loca
De un amoroso deseo,
Y como el ejecutarle
Tiene su amor por desprecio,
Quiere deshacer mi rostro,

Porque es mi rostro el espejo
Adonde mira su honor,
Y véngase en verle feo.
Trist. Señor, que Juana ó Lucia
Cierren conmigo por zelos,
Y me rompan con las uñas
El cuello que ellas me dieron;
Que me repelen y arañen
Sobre averiguar por cierto
Que les hice un peso falso,
Vaya: es gente de pandero,
De media de cordellate
Y de zapato fraileasco:
Pero que tan gran señora
Se pierda tanto el respeto
A sí misma, es vil accion.
Teod. No sé, Tristan: pierdo el seso
De ver que me está adorando,
Y que me aborrece luego.
No quiere que sea suyo
Ni de Marcela; y si dejo
De mirarla, luego busca
Para hablarme algun enredo.
No dudes: naturalmente
Es del hortelano el perro.
Ni come ni comér deja,
Ni está fuera ni está dentro.
Trist. Contáronme que un doctor,
Catedrático y maestro,
Tenia un ama y un mozo
Que siempre andaban riñendo.
Reñian á la comida,
A la cena, y hasta el sueño
Le quitaban con sus voces;
Que estudiar, no habia remedio.
Estando en licion un dia,
Fuéle forzoso corriendo
Volver á casa, y entrando
De improviso en su aposento,
Vió el ama y mozo acostados
Con amorosos requiebros,
Y dijo: « ¡Gracias á Dios,
Que una vez en paz os veo! »
Y esto imagino de entrambos,
Aunque siempre andais riñendo.

ESCENA XXXII.

DIANA; DICUOS.

Dian. Teodoro...
Teod. Señora...
Trist. ¿Es duende
(Aparte.)
Esta muger?
Dian. Solo vengo
A saber cómo te hallas.
Teod. Ya ¿no lo ves?
Dian. ¿Estás bueno?
Teod. Bueno estoy.
Dian. ¿Y no dirás:
« A tu servicio? »
Teod. No puedo
Estar mucho en tu servicio,
Siendo tal el tratamiento.
Dian. ¡Qué poco sabes!
Teod. Tan poco,
Que te siento y no te entiendo,
Pues no entiendo tus palabras,
Y tus bofetones siento
Si no te quiero te enfadas,
Y enojaste si te quiero;

Esribesme si me olvido,
Y si me acuerdo te ofendo;
Pretendes que yo te entienda,
Y si te entiendo soy necio.
Mátame ó dame la vida;
Da un medio á tantos extremos.
Dian. ¿Hicete sangre?
Teod. Pues ¿no?
Dian. ¿Adónde tienes el lienzo?
Teod. Aquí.
Dian. Muestra.
Teod. ¿Para qué?
Dian. Para que esta sangre quiero.
Habla á Octavio, á quien agora
Mandé que te diese luego
Dos mil escudos, Teodoro.
Teod. ¿Para qué?
Dian. Para hacer lienzos. (Vase.)

ESCENA XXXIII.

TEODORO, TRISTAN.

Teod. ¡Hay disparates iguales!
Trist. ¿Qué encantamientos son estos?
Teod. Dos mil escudos me ha dado.
Trist. Bien puedes tomar al precio
Otros cuatro bofetones.
Teod. Dice que son para lienzos,
Y llevó el mio con sangre.
Trist. Pagó la sangre, y te ha hecho
Doncella por las narices.
Teod. No anda mal agora el perro,
Pues despues que muerde, halaga.
Trist. Todos aquestos extremos
Han de parar en el ama
Del doctor.
Teod. ¡Quiéralo el cielo!

ACTO TERCERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, RICARDO; CELIO, DISTANTE DE ELLOS.

Ric. ¿Esto vistes?
Fed. Esto vi.
Ric. ¿Y que le dió bofetones?
Fed. El servir tiene ocasiones,
Mas no lo son para mí;
Que al poner una muger
De aquellas prendas la mano
Al rostro de un hombre, es llano
Que otra ocasion puede haber.
Y bien veis que lo acredita
El andar tan mejorado.
Ric. Ella es muger y él eriado.
Fed. Su perdicion solicita.
La fábula que pintó
El filósofo moral
De las dos ollas, ¡qué igual
Hoy á los dos la vistió!
Era de barro la una,
La otra de cobre ó hierro,
Que un río á los pies de un cerro

Llevó con varia fortuna.
Desvióse la de barro
De la de cobre, temiendo
Que la quebrase : y yo entiendo
Pensamiento tan bizarro
Del hombre y de la muger,
Hierro y barro, y no me espanto,
Pues acercándose tanto,
Por fuerza se han de romper.

Ric. La altivez y bazarria
De Diana me admiró,
Y bien puede ser que yo
Viese y no viese aquel día;
Mas ver caballos y pajes
En Teodoro, y tantas galas,
¿Qué son sino nuevas alas?
Pues criados, oro y trajes
No los tuviera Teodoro
Sin ocasion tan notable.

Fed. Antes que desto se hable
En Nápoles, y el decoro
De vuestra sangre se ofenda,
Sea ó no sea verdad,
Ha de morir.

Ric. Y es piedad
Matarle, aunque ella lo entienda.

Fed. ¿Podrá ser?

Ric. Bien puede ser;
Que hay en Nápoles quien vive
De eso, y en oro recibe
Lo que en sangre ha de volver.
No hay mas de buscar un bravo,
Y que le despache luego.

Fed. Por la brevedad os ruego.

Ric. Hoy tendrá su justo pago
Semejante atrevimiento.

Fed. ¿Son bravos es tos?
(Viendo venir á Tristan y otros tres.)

Ric. Sin duda.

Fed. El cielo ofendido ayuda
Vuestro justo pensamiento.

ESCENA II.

TRISTAN, VESTIDO DE NUEVO; FURIO, ANTONELO,
LIRANO; DICHS.

Fur. Pagar tenéis el vino en alboroque
Del famoso vestido que os han dado.

Ant. Eso bien sabe el buen Tristan que es justo.

Trist. Digo, señores, que de hacerlo gusto.

Lir. Bravo salió el vestido.

Trist. Todo aquesto
Es cosa de chacota y zarandajas,
Respeto del lugar que tendré presto.
Si no muda los bolos la fortuna,
Secretario he de ser del secretario.

Lir. Mucha merced le hace la condesa
A vuestro amo, Tristan.

Trist. Es su mano derecha, y es la puerta
Por donde se entra á su favor. Dejemos
Favores y fortunas, y bebamos.

Fur. En este tabernáculo sospecho
Que hay lágrima famosa y malvasia.

Trist. Probemos vino greco; que deseo
Hablar en griego, y con beberlo basta.

Ric. Aquel moreno, del color quebrado,
(Aparte á Federico.)
Me parece el mas bravo, pues que todos
Le estiman, hablan y hacen cortesía.—

Celio...
Cel. Señor.
Ric. De aquellos gentilhombres
Llama al descolorido.

Cel. ¡Ah, caballero!
(A Tristan.)
Antes que se entre en esa santa ermita,
El marques, mi señor, hablarle quiere.

Trist. Camaradas, allí me llama un príncipe:
(A sus amigos.)
No puedo rehusar el ver qué manda.
Entren, y tomen siete ú ocho azumbres,
Y aperciban dos dedos de formache,
En tanto que me informo de su gusto.

Ant. Pues despachad aprisa.

Trist. Iré volando.
(Vanse Furio, Antonelo y Lirano.)

ESCENA III.

RICARDO, FEDERICO, TRISTAN, CELIO.

Trist. ¿Qué es lo que manda vuestra señoría?

Ric. El veros entre tanta valentía
Nos ha obligado al conde Federico
Y á mí, para saber si seréis hombre
Para matar un hombre.

Trist. ¡Vive el cielo, (Aparte.)
Que son los pretendientes de mi ama,
Y que hay algun enredo! Fingir quiero.

Fed. ¿No respondeis?

Trist. Estaba imaginando
Si vuestra señoría está burlando
De nuestro modo de vivir; pues vive
El que reparte fuerzas á los hombres,
Que no hay en toda Nápoles espada
Que no tiemble de solo el nombre mio.
¿No conocéis á Héctor? Pues no hay Héctor
Adonde está mi furibundo brazo;
Que si él lo fué de Troya, yo de Italia.

Fed. Este es, marques, el hombre que buscamos.
Por vida de los dos, que no burlamos;
Sino que si teneis conforme al nombre
El ánimo, y queréis matar un hombre,
Que os demos el dinero que quisiéredes.

Trist. Con docientos escudos me contento,
Y sea el diablo.

Ric. Yo os daré trecientos,
Y despachalde aquesta noche.

Trist. El nombre
Del hombre espero y parte del dinero.

Ric. ¿Conocéis á Diana, la condesa
De Belflor?

Trist. Y en su casa tengo amigos.

Ric. ¿Mataréis un criado de su casa?

Trist. Mataré los criados y criadas
Y los mismos frisones de su coche.

Ric. Pues á Teodoro habeis de darle muerte.

Trist. Eso ha de ser, señores, de otra suerte,
Porque Teodoro, como yo he sabido,
No sale ya de noche, temeroso
Por ventura de haberos ofendido.
Que le sirva estos días me han pedido:
Dejadmele servir, y yo os ofrezco
De darle alguna noche dos mojadas,
Con que el pobreto *in pace requiescat*,
Y yo quede seguro y sin sospecha.
¿Es algo lo que digo?

Fed. No pudiera
Hallarse en toda Nápoles un hombre
Que tan seguramente le matara.

Servilde pues, y así al descuido un día
Pegalde, y acudid á nuestra casa.

Trist. Yo he menester agora cien escudos.

Ric. Cincuenta tengo en esta bolsa; luego
Que yo os vea en casa de Diana,
Os ofrezco los ciento, y muchos cientos.

Trist. Eso de muchos cientos no me agrada.
Vayan vusinorias en buen hora;
Que me aguarda Mastranzo, Rompe-muros,
Mano de hierro, Arfuz y Espanta-diablos;
Y no quiero que acaso piensen algo.

Ric. Decis muy bien: adios.

Fed. ¡Qué gran ventura!
Ric. A Teodoro contalde por difunto.

Fed. El bellacon, ¡qué bravo talle tiene!
(Vanse Federico, Ricardo y Celio.)

Trist. Avisar á Teodoro me conviene.
Perdone el vino greco y los amigos.
A casa voy; que está de aquí muy lejos.
Mas éste me parece que es Teodoro.

ESCENA IV.

TEODORO; TRISTAN.

Trist. Señor, ¿adónde vas?

Teod. Lo mismo ignoro;
Porque de suerte estoy, Tristan amigo,
Que no sé dónde voy ni quién me lleva.
Solo y sin alma, el pensamiento sigo,
Que al sol me dice que la vista atreva.
¿Ves cuánto ayer Diana habló conmigo?
Pues hoy de aquel amor se halló tan nueva,
Que apenas jurarás que me conoce,
Porque Marcela de mi mal se goce.

Trist. Vuelve hácia casa; que á los dos importa
Que no nos vean juntos.

Teod. ¿De qué suerte?

Trist. Por el camino te diré quien corta
Los pasos dirigidos á tu muerte.

Teod. ¡Mi muerte! Pues ¿por qué?

Trist. La voz reporta,
Y la ocasion de tu remedio advierte.
Ricardo y Federico me han hablado,
Y que te dé la muerte concertado.

Teod. ¿Ellos á mí?

Trist. Por ciertos bofetones
El amor de tu dueño conjeturan,
Y pensando que soy de los leones
Que á tales homicidios se aventuran,
Tu vida me han trocado á cien doblones,
Y con cincuenta escudos me aseguran.
Yo dije que un amigo me pedía
Que te sirviese, y que hoy te serviría,
Donde mas fácilmente te matase,
A efeto de guardarte desta suerte.

Teod. ¡Pluguiera á Dios que alguno me quitase
La vida, y me sacase desta muerte!

Trist. ¿Tan loco estás?

Teod. ¿No quieres que me abraze
Por tan dulce ocasion? Tristan, advierte
Que si Diana algun camino hallara
De disculpa, conmigo se casara.
Teme su honor, y cuando mas se abraza,
Se hiela y me desprecia.

Trist. Si te diese
Remedio, ¿qué dirás?

Teod. Que á tí se pasa
De Ulises el espíritu.

Trist. Si fuese
Tan ingenioso, que á tu misma casa

Un generoso padre te trajese,
Con que fueses igual á la condesa,
¿No saldrías, señor, con esta empresa?

Teod. Eso es sin duda.

Trist. El conde Ludovico,
Caballero ya viejo, habrá veinte años
Que enviaba á Malta un hijo de tu nombre,
Que era sobrino de su gran maestre.
Cautiváronle moros de Biserta,
Y nunca supo dél, muerto ni vivo.
Éste ha de ser tu padre, y tú su hijo,
Y yo lo he de trazar.

Teod. Tristan, advierte
Que puedes levantar alguna cosa
Que nos cueste á los dos la honra y vida.
(Vanse.)

Sala del palacio de la condesa.

ESCENA V.

TEODORO, TRISTAN.

Trist. A casa hemos llegado. A Dios te queda;
Que tú serás marido de Diana
Antes que den las doce de mañana. (Vase.)

ESCENA VI.

TEODORO.

Bien al contrario pienso yo dar medio
A tanto mal, pues el amor bien sabe
Que no tiene enemigo que le acabe
Con mas facilidad que tierra en medio.
Tierra quiero poner, pues que remedio,
Con ausentarme, amor, rigor tan grave,
Pues no hay rayo tan fuerte que se alabe
Que entró en la tierra, de tu ardor remedio.
Todos los que llegaron á este punto,
Poniendo tierra en medio te olvidaron;
Que en tierra al fin le resolvieron junto.
Y la razon que de olvidar hallaron,
Es, que amor se confiesa por difunto,
Pues que con tierra en medio le enterraron.

ESCENA VII.

DIANA; TEODORO.

Dian. ¿Estás ya mas mejorado
De tus tristezas, Teodoro?

Teod. Si en mis tristezas adoro,
Sabré estimar mi cuidado.
No quiero yo mejorar
De la enfermedad que tengo,
Pues solo á estar triste vengo
Cuando imagino sanar.
¿Bien hayan males que son
Tan dulces para sufrir,
Que se ve un hombre morir,
Y estima su perdicion!
Solo me pesa que ya
Esté mi mal en estado,
Que he de alejar mi cuidado
De donde su dueño está.

Dian. ¡Ausentarte! Pues ¿por qué?

Teod. Quiérenme matar.

Dian. Si harán.

Teod. Envidia á mi mal tendrán,

Que bien al principio fué.
Con esta ocasion, te pido
Licencia para irme á España.
Dian. Será generosa hazaña
De un hombre tan entendido;
Que con eso quitarás
La ocasion de tus enojos,
Y aunque des agua á mis ojos,
Honra á mi casa darás.
Que desde aquel bofetón
Federico me ha tratado
Como zeloso, y me ha dado
Para dejarte ocasion.
Vete á España; que yo haré
Que te den seis mil escudos.
Teod. Haré tus contrarios mudos
Con mi ausencia. Dame el plé.
Dian. Anda, Teodoro. No mas.
Déjame; que soy muger.
Teod. Lloro; mas ¿qué puedo hacer? (*Aparte.*)
Dian. En fin, Teodoro, ¿te vas?
Teod. Sí, señora.
Dian. Espera... Vete...
Oye.
Teod. ¿Qué mandas?
Dian. No, nada;
Vete.
Teod. Voyme.
Dian. Estoy turbada. (*Aparte.*)
¿Hay tormento que inquiete
Como una pasión de amor? —
¿No eres ido?
Teod. Ya, señora,
Me voy. (*Vase.*)
Dian. ¡Buena quedo agora!
¡Maldigate Dios, honor!
Temeraria invención fuiste,
Tan opuesta al propio gusto.
¿Quién te inventó? Mas fué justo,
Pues que tu freno resiste
Tantas cosas tan mal hechas.
(*Vuelve Teodoro.*)
Teod. Vuelvo á saber si hoy podré
Partirme.
Dian. Ni tú, Teodoro, sospechas
Que me pesa de mirarte,
Pues que te vuelves aquí.
Teod. Señora, vuelvo por mí,
Que no estoy en otra parte;
Y como me he de llevar,
Vengo para que me des
A mí mismo.
Dian. Si despues
Te has de volver á buscar,
No me pidas que te dé.
Pero vete; que el amor
Lucha con mi noble honor,
Y vienes tú á ser traspie.
Vete, Teodoro, de aquí;
No te pidas, aunque puedas;
Que yo sé que si te quedas,
Allá me llevas á mí.
Teod. Quede vuestra señoría
Con Dios. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DIANA.

¡Maldita ella sea,
Pues me quita que yo sea

De quien el alma quería!
¡Buena quedo ya sin quien
Era luz de aquestos ojos!
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal, lllore bien.
Ojos, pues os habeis puesto
En cosa tan desigual,
Pagad el mirar tan mal;
Que no soy la culpa desto.
Mas no lloren; que tambien
Tiempla el mal llorar los ojos;
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal, lllore bien.
Aunque tendrán ya pensada
La disculpa para todo;
Que el sol los pone en el lodo,
Y no se le pega nada.
Luego bien es que no den
En llorar. Cesad, mis ojos,
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal lllore bien.

ESCENA IX.

MARCELA; DIANA.

Marc. Si puede la confianza
De los años de servirme
Humildemente pedirte
Lo que justamente alcanza,
A la mano te ha venido
La ocasion de mi remedio,
Y poniendo tierra en medio,
No verme si te he ofendido.
Dian. ¿De tu remedio, Marcela?
¿Cuál ocasion? Que aquí estoy.
Marc. Dicen que se parte hoy,
Por peligros que recela,
Teodoro á España, y con él
Puedes, casada, enviarme,
Pues no verme es remediar.
Dian. ¿Sabes tú que querrá él?
Marc. Pues ¿pidiérate yo á tí,
Sin tener satisfacion,
Remedio en esta ocasion?
Dian. ¿Hasle hablado?
Marc. Y él á mí,
Pidiéndome lo que digo.
Dian. ¿Qué á propósito me viene
Esta desdicha!
Marc. Ya tiene
Trajado aquesto conmigo,
Y el modo con que podemos
Ir con mas comodidad.
Dian. ¡Ay necio honor! perdonad; (*Aparte.*)
Que amor quiere hacer extremos.
Pero no será razon,
Pues que podeis remediar
Fácilmente este pesar.
Marc. ¿No tomas resolucion?
Dian. No podré vivir sin tí,
Marcela, y haces agravio
A mi amor, y aun al de Fabio,
Que sé yo que adora en tí.
Yo te casaré con él;
Deja partir á Teodoro.
Marc. A Fabio aborrezco; adoro
A Teodoro.
Dian. ¡Qué cruel
Ocasión de declararme!
Mas tenéos, loco amor.)

Fabio te estará mejor.
Marc. Señora...
Dian. No hay replicarme. (*Vase.*)

ESCENA X.

MARCELA.

¿Qué intentan imposibles mis sentidos,
Contra tanto poder determinados?
Que zelos poderosos declarados
Harán un desatino resistidos.
Volved, volved atras, pasos perdidos,
Que correis á mi fin precipitados;
Arboles son amores desdichados,
A quien el hielo marchitó floridos.
Alegaron el alma las colores
Que el tirano poder cubrió de luto;
Que hiela ajeno amor muchos amores,
Y cuando de esperar daba tributo,
¿Qué importa la hermosura de las flores,
Si se perdieron esperando el fruto?
(*Vase.*)

Sala en casa del conde Ludovico.

ESCENA XI.

EL CONDE LUDOVICO, CAMILO.

Cam. Para tener sucesion,
No te queda otro remedio.
Lud. Hay muchos años en medio,
Que mis enemigos son,
Y aunque tiene esa disculpa
El casarse en la vejez;
Quiere el temor ser jüez,
Y ha de averiguar la culpa.
Y podría suceder
Que sucesion no alcanzase,
Y casado me quedase;
Y en un viejo una muger
Es en un olmo una biédra,
Que aunque con tan varios lazos
Le cubre de sus abrazos,
Él se seca y ella medra.
Y tratarme casamientos
Es traerme á la memoria,
Camilo, mi antigua historia
Y renovar mis tormentos.
Esperando cada dia
Con engaños á Teodoro,
Veinte años há que le lloro.

ESCENA XII.

UN PAJE; Y DESPUES, TRISTAN Y FURIO; DICHS.

Paje. Aquí á vuestra señoría
Busca un griego mercader.
Lud. Di que entre.
(*Avisa el paje y salen Tristan y Furio
con traje griego.*)
Trist. Dadme esas manos,
Y los cielos soberanos,
Con su divino poder,
Os den el mayor consuelo
Que esperais.

Lud. Bien seais venido.
Mas ¿qué causa os ha traído
Por este remoto suelo?

Trist. De Constantinopla vine
A Chipre, y della á Venecia
Con una nave cargada
De ricas telas de Persia,
Acordéme de una historia
Que algunos pasos me cuesta;
Y con deseo de ver
A Nápoles, ciudad bella,
Mientras allá mis criados
Van despachando las telas,
Vine, como veis, aquí,
Dónde mis ojos confiesan
Su grandeza y hermosura.
Lud. Tiene hermosura y grandeza
Nápoles.

Trist. Así es verdad.
Mi padre, señor, en Grecia
Fué mercader, y en su trato,
El de mas ganancia era
Comprar y vender esclavos;
Y así, en la feria de Aztéclias
Compró un niño, el mas hermoso
Que vió la naturaleza,
Por testigo del poder
Que le dió el cielo en la tierra.
Vendianle algunos turcos,
Entre otra gente bien puesta,
A una galera de Malta
Que las de un bajá turquescas
Prendieron en Chafalonía.

Lud. Camilo, el alma me altera.

Trist. Aficionado al rapaz,
Compróme y llevóle á Arménia,
Dónde se crio conmigo
Y una hermana.

Lud. Amigo, espera,
Espera; que me traspasas
Las entrañas.

Trist. ¿Qué bien entra! (*Aparte.*)

Lud. ¿Dijo cómo se llamaba?

Trist. Teodoro.

Lud. ¡Ay cielo! ¿qué fuerza
Tiene la verdad de oírte!
Lágrimas mis canas riegan.

Trist. Serpalitonia, mi hermana,
Y este mozo (¡nunca fuera
Tan bello!) con la ocasion
De la crianza, que engendra
El amor que todos saben,
Se amaron desde la tierna
Edad; y á deciseis años,
De mi padre en cierta ausencia,
Ejecutaron su amor,
Y creció de suerte en ella,
Que se le echaba de ver,
Con cuyo temor se ausenta
Teodoro, y para parir
A Serpalitonia deja.
Catiborrátos, mi padre,
No sintió tanto la ofensa
Como el dejarle Teodoro.
Murió en efeto de pena,
Y bautizamos su hijo;
Que aquella parte de Arménia
Tiene vuestra misma ley,
Aunque es diferente iglesia.
Llamámos al bello niño
Terimaconio, que queda
Un bello rapaz agora
En la ciudad de Tepécas,
Andando en Nápoles yo
Mirando cosas diversas,

Saqué un papel en que traje
Deste Teodoro las señas,
Y preguntando por él,
Me dijo una esclava griega
Que en mi posada servia:
« ¿Cosa que ese mozo sea
El del conde Ludovico? »
Díome el alma una luz nueva,
Y doy en que os he de hablar;
Y por entrar en la vuestra,
Entro, segun me dijeron,
En casa de la condesa
De Belflor, y al primer hombre
Que pregunto...

Lud. Ya me tiembla

El alma.

Trist. Veo á Teodoro.

Lud. ¡A Teodoro!

Trist. El bien quisiera
Huirse; pero no pudo;
Dudé un poco, y era fuerza,
Porque el estar ya barbado
Tiene alguna diferencia.
Fuí tras él, asile en fin,
Hablóme, aunque con vergüenza,
Y dijo que no dijese
A nadie en casa quién era,
Porque el haber sido esclavo
No diese alguna sospecha.
Dijele: « Si yo he sabido
Que eres hijo en esta tierra
De un título, ¿por qué tienes
La esclavitud por baja? »
Hizo gran burla de mí;
Y yo, por ver si concuerda
Tu historia con la que digo,
Vine á verte, y á que tengas,
Si es verdad que éste es tu hijo,
Con tu nieto alguna cuenta;
O permitas que mi hermana
Con él á Nápoles venga,
No para tratar casarse,
Aunque le sobra nobleza;
Mas porque Terimaconio
Tan ilustre abuelo vea.

Lud. Dame mil veces tus brazos;
Que el alma con sus potencias
Que es verdadera tu historia
En su regocijo muestran.

¡Ay, hijo del alma mía,
Tras tantos años de ausencia
Hallado para mí bien!
Camilo, ¿qué me aconsejas?
¿Iré á verte y conocerle?

Cam. ¿Eso dudas? Parte, vuela,
Y añade vida en sus brazos
A los años de tus penas.

Lud. Amigo, si quieres ir
Conmigo, será mas cierta
Mi dicha; si descansar,
Aquí aguardando te queda;
Y dente por tanto bien
Toda mi casa y hacienda;
Que no puedo detenerme.

Trist. Yo dejé, puesto que cerca,
Ciertos diamantes que traigo,
Y volveré cuando vuelvas.
Vamos de aquí, Mercapónios.

Fur. Vamos, señor.

Trist. Bien se entrecas

Fur. El engaño. Muy bónis.

Trist. Andemis. (Vanse Tristan y Furio.)

Cam. ¡Estraña lengua!

Lud. Vente, Camilo, tras mí. (Vanse.)

Calle.

ESCENA XIII.

TRISTAN, EN EL PORTAL DE UNA CASA, CUYA PUERTA
ESTA CERRADA; FURIO, DELANTE DE LA PUERTA.

Trist. ¿Trasponen?

(Abriendo un poco la puerta.)

Fur. El viejo vuela,

Sin aguardar coche ó gente.

Trist. ¿Cosa que esto verdad sea,
Y que éste fuese Teodoro?

Fur. ¿Mas si en mentira como ésta
Hubiese alguna verdad?

Trist. Estas almalafas lleva;
Que me importa desnudarme,
Porque ninguno me vea
De los que aquí me conocen.

Fur. Desnuda presto.

Trist. ¡Que pueda

Esto el amor de los hijos!

Fur. ¿Adónde te aguardo?

Trist. Espera,

Furio, en la choza del olmo.

Fur. Adios. (Vase.)

ESCENA XIV.

TRISTAN.

¡Qué tesoro llega

Al ingenio! Aquí debajo (Sale á la calle.)

Traigo la capa revuelta,
Que como medio sotana
Me la puse, porque hubiera
Mas lugar en el peligro
De dejar en una puerta,
Con el armenio turbante,
Las hopalandas greguescas.

ESCENA XV.

RICARDO, FEDERICO; TRISTAN.

Fed. Digo que es éste el matador valiente
Que á Teodoro ha de dar muerte segura.

Ric. ¡Ah hidalgo! ¿ansi se cumple entre la gente
Que honor profesa y que opinion procura,
Lo que se prometió tan fácilmente?

Trist. Señor...

Fed. ¿Somos nosotros por ventura
De los iguales vuestros?

Trist. Sin oirme,
No es justo que mi culpa se confirme.
Yo estoy sirviendo al misero Teodoro,
Que ha de morir por esta mano airada;
Pero puede ofender vuestro decoro
Públicamente ensangrentar mi espada.
Es la prudencia un celestial tesoro,
Y fué de los antiguos celebrada
Por única virtud: estén muy ciertos
Que le pueden contar entre los muertos.
Estáse melancólico de dia,
Y de noche cerrado en su aposento;

Que alguna cuidadosa fantasia
Le debe de ocupar el pensamiento.
Déjenme á mí; que una mojada fria
Pondrá silencio á su vital aliento;
Y no se precipiten desa suerte;
Que yo sé cuándo le he de dar la muerte.
Paréceme, marques, que el hombre acierta.
Ya que le sirve, ha comenzado el caso.
No dudeis, matarále.

Ric. Cosa es cierta.
Por muerto le contad.

Fed. Hablemos paso.

Trist. En tanto que esta muerte se concierta,
Vusiñorías ¿no tendrán acaso
Cincuenta escudos? Que comprar guerra
Un rocín, que volase el mismo dia.
Ric. Aquí los tengo yo. Tomad, seguro
De que, en saliendo con aquesta empresa,
Lo menos es pagaros.

Trist. Yo aventuro
La vida, que servir buenos profesa.
Con esto, adios; que no me vean, procuro,
Hablar desde el balcon de la condesa
Con vuestras señorías.

Fed. Sois discreto.

Trist. Ya lo verán al tiempo del efeto. (Vase.)

Fed. Bravo es el hombre.

Ric. Astuto y ingenioso.

Fed. ¿Qué bien le ha de matar!

Ric. Notablemente.

ESCENA XVI.

CELIO; FEDERICO, RICARDO.

Cel. ¿Hay caso mas extraño y fabuloso?
Fed. ¿Qué es esto, Celio? ¿Dónde vas? Detente.
Cel. Un suceso notable y riguroso
Para los dos. ¿No veis aquella gente
Que entra en casa del conde Ludovico?
¿Es muerto?

Ric. Que me escuches te suplico.
Cel. A darle van el parabien contentos
De haber hallado un hijo que ha perdido.

Ric. Pues ¿qué puede ofender nuestros intentos,
Que le haya esa ventura sucedido?

Cel. ¿No importa á los secretos pensamientos
Que con Diana habeis los dos tenido,
Que sea aquel Teodoro, su criado,
Hijo del conde?

Fed. El alma me has turbado.

Ric. ¿Hijo del conde? Pues ¿de qué manera
Se ha venido á saber?

Cel. Es larga historia,
Y cuéntanla tan varia, que no hubiera
Para tomarla tiempo ni memoria.

Fed. ¡A quién mayor desdicha sucediera!

Ric. Trocöse en pena mi esperada gloria.

Fed. Yo quiero ver lo que es.

Ric. Yo, conde, os sigo.

Cel. Presto veréis que la verdad os digo. (Vanse.)

Sala del palacio de la condesa.

ESCENA XVII.

TEODORO, DE CAMINO; MARCELA.

Marc. En fin, Teodoro, ¿te vas?

Teod. Tú eres causa desta ausencia;

Que en desigual competencia
No resulta bien jamas.
Marc. Disculpas tan falsas das
Como tu engaño lo ha sido;
Porque haberme aborrecido
Y haber amado á Diana
Lleva tu esperanza vana
Solo á procurar su olvido.
Teod. ¿Yo á Diana?

Marc. Niegas tarde,

Teodoro, el loco deseo
Con que perdido te veo
De atrevido y de cobarde:
Cobarde en que ella se guarde
El respeto que se debe;
Y atrevido, pues se atreve
Tu bajeza á su valor;
Que entre el honor y el amor
Hay muchos montes de nieve.
Vengada quedo de tí,
Aunque quedo enamorada,
Porque olvidaré vengada;
Que el amor olvida ansi.
Si te acordáres de mí,
Imagina que te olvido
Porque me quieras; que ha sido
Siempre error que suele hacer
Que vuelva un hombre á querer,
Pensar que es aborrecido.

Teod. ¡Qué de quimeras tan locas,
Para casarte con Fabio!

Marc. Tú me casas; que al agravio
De tu desden me provocas.

ESCENA XVIII.

FABIO; DICHS.

Fab. Siendo las horas tan pocas
Que aquí Teodoro ha de estar,
Bien haces, Marcela, en dar
Ese descanso á tus ojos.

Teod. No te den zelos enojos
Que han de pasar tanto mar.

Fab. En fin, ¿te vas?

Teod. ¿No lo ves?

Fab. Mi señora viene á verte.

ESCENA XIX.

DIANA, DOROTEA, ANARDA; DICHS.

Dian. ¿Ya, Teodoro, desta suerte?

Teod. Alas quisiera en los piés,
Cuanto mas, señora, espuelas.

Dian. ¡Hola! ¿Está esa ropa á punto?

An. Todo está aprestado y junto.

Fab. En fin ¿se va? (Aparte á Marcela.)

Marc. ¡Y tú me zelas!

Dian. Oye aquí aparte. (A Teodoro.)

Teod. Aquí estoy

A tu servicio.

Dian. Teodoro,

Tú te partes, yo te adoro.

Teod. Por tus crueldades me voy.

Dian. Soy quien sabes: ¿qué he de hacer?

Teod. ¿Lloras?

Dian. No; que me ha caido

Algo en los ojos.

Teod. ¿Si ha sido

Amor?

Dian. Sí debe de ser;

Pero mucho ántes cayó,
Y agora salir querria.
Teod. Yo me voy, señora mia;
Yo me voy, el alma no.
Sin ella tengo de ir,
No hago al serviros falta,
Porque hermosura tan alta
Con almas se ha de servir.
¿Qué me mandais? Porque yo
Soy vuestro.
Dian. ¡Qué triste dia!
Teod. Yo me voy, señora mia;
Yo me voy, el alma no.
Dian. ¿Lloras?
Teod. No; que me ha caido
Algo, como á tí, en los ojos.
Dian. Deben de ser mis enojos.
Teod. Eso debe de haber sido.
Dian. Mil niñerías te he dado,
Que en un baul hallarás;
Perdona, no pude más.
Si le abrieres, ten cuidado
De decir, como á despojos
De vitoria tan tirana:
«Aquestos puso Diana
Con lágrimas de sus ojos.»
An. Perdidos los dos están.
(*Aparte á Dorotea.*)
Dor. ¡Qué mal se encubre el amor!
An. Quedarse fuera mejor.
Manos y prendas se dan.
Dor. Diana ha venido á ser
El perro del hortelano.
An. Tarde le toma la mano.
Dor. O coma ó deje comer.

ESCENA XX.

LUDOVICO, CAMILO; Dichos.

Lud. Bien puede el regocijo dar licencia,
Diana ilustre, á un hombre de mis años,
Para entrar desta suerte á visitaros.
Dian. Señor conde, ¿qué es esto?
Lud. Pues ¿vos sola
No sabeis lo que sabe toda Nápoles?
Que en un instante que llegó la nueva,
Apénas me han dejado por las calles,
Ni he podido llegar á ver mi hijo.
Dian. ¿Qué hijo? Que no te entiendo el regocijo.
Lud. ¿Nunca vuseñoria de mi historia
Ha tenido noticia, y que há veinte años
Que enviaba un niño á Malta con su tío,
Y que le cautivaron las galeras
De Alí Bajá?
Dian. Sospecho que me han dicho
Ese suceso vuestro.
Lud. Pues el cielo
Me ha dado á conocer el hijo mio
Despues de mil fortunas que ha pasado.
Dian. Con justa causa, conde, me habeis dado
Tan buena nueva.
Lud. Vos, señora mia,
Me habeis de dar, en cambio de la nueva,
El hijo mio, que sirviéndoos vive,
Bien descuidado de que soy su padre.
¡Ay, si viviera su difunta madre!
Dian. ¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?
Lud. No, señora, no es Fabio; que es Teodoro.
Dian. ¡Teodoro!
Lud. Sí, señora.
Teod. ¿Cómo es esto?

Dian. Habla, Teodoro, si es tu padre el conde.
Lud. Luego ¿es aqueste?
Teod. Señor conde, advierta
Vuseñoria...
Lud. No hay qué advertir, hijo,
Hijo de mis entrañas, sino solo
El morir en tus brazos.
Dian. ¡Caso extraño!
An. ¡Ay, señora! ¿Teodoro es caballero
Tan principal y de tan alto estado?
Teod. Señor, yo estoy sin alma, de turbado.
¿Hijo soy vuestro?
Lud. Cuando no tuviera
Tanta seguridad, el verte fuera
De todas la mayor. ¡Qué parecido
A cuando mozo fui!
Teod. Los piés te pido,
Y te suplico...
Lud. No me digas nada;
Que estoy fuera de mi. ¡Qué gallardía!
Dios te bendiga. ¡Qué real presencia!
¡Qué bien que te escribió naturaleza
En la cara, Teodoro, la nobleza!
Vamos de aquí; ven luego, luego toma
Posesion de mi casa y de mi hacienda;
Ven á ver esas puertas coronadas
De las armas mas nobles deste reino.
Teod. Señor, yo estaba de partida á España,
Y asi me importa.
Lud. ¿Cómo á España? ¡Buena!
España son mis brazos.
Dian. Yo os suplico,
Señor conde, dejéis aquí á Teodoro
Hasta que se reporte, y en buen hábito
Vaya á reconoceros como hijo;
Que no quiero que salga de mi casa
Con aqueste alboroto de la gente.
Lud. Hablais como quien sois tan cuerdamente.
Dejarle siento por un breve instante;
Mas porque mas rumor no se levante,
Me iré, rogando á vuestra señoría
Que sin mi bien no me anocheza el dia.
Dian. Palabra os doy.
Lud. Adios, Teodoro mio.
Teod. Mil veces beso vuestros piés.
Lud. Camilo,
Venga la muerte agora.
Cam. ¡Qué gallardo
Mancebo que es Teodoro!
Lud. Pensar poco
Quiero este bien, por no volverme loco.
(*Vanse Ludovico y Camilo.*)

ESCENA XXI.

DIANA, TEODORO, MARCELA, DOROTEA,
ANARDA, FABIO.

Dor. Danos á todos las manos.
An. Bien puedes, por gran señor.
Dor. Hacernos debes favor.
Marc. Los señores que son llanos
Conquistan las voluntades.
Los brazos nos puedes dar.
Dian. ¡Artáos, dadme lugar;
No le digais necedades.
Déme vuestra señoría
Las manos, señor Teodoro.
Teod. Agora esos piés adoro,
Y sois mas señora mia.
Dian. ¡Salios todos allá;
Dejadme con él un poco.

TEATRO ESPAÑOL ESCOJIDO.



TIP. J. CLAVE.

LUDOVICO. «No hay qué advertir, hijo,
Hijo de mis entrañas, sino solo
El morir en tus brazos.»